

ejemplos como el que nos da Torquemada (aún se habla de la ingenuidad de cronistas cuya ingenuidad es, llamémosla así, ingenuidad de época). Por lo demás, ya el mismo Reyes se había referido brillantemente en un libro de juventud, *Visión de Anáhuac*, al gozo de los conquistadores ante los prodigios de riqueza y hermosura —esta vez reales— de nuestra tierra americana.

Ojalá que la maestría y el ingenio de Alfonso Reyes para aprovechar la sugestión pintoresca de estas febriles creencias, construyendo con ellas un bello cuadro a la vez histórico y literario, sirva de estímulo para la composición de una futura "América en la fantasía europea", o cosa así.

José DURAND.

El Colegio de México,

Centro de Estudios Literarios.

Revista de Historia de América (Instituto Panamericano de Geografía e Historia).
Número 26. México, Diciembre de 1948.
Págs. 500 a 502.

Alfonso Reyes: *GRATA COMPAÑIA* ("Tezontle"); *ENTRE LIBROS* ("El Colegio de México"); *LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA* ("Fondo de Cultura Económica"). México 1948.

Tres libros de composición distinta —uno congrega ensayos, prólogos, artículos, recuerdos; el otro ordena apuntes sobre libros discutidos, meditados; y el tercero hace registro moderno de la expresión literaria de los siglos coloniales mexicanos— promueven esta consideración en torno de la segura aventura de este buen señor de las letras americanas con sensación aguda —y con ciencia plena— de universalidad.

Cuando Alfonso Reyes vela armas, canta misa Rubén Darío. El modernismo suscribe las actas literarias de la generación de Reyes. Y lo hace con rúbrica desorbitada, excesiva, que era su manera de rubricar. Las vocaciones mozas de nuestra América colonial se conmueven entonces con la sonoridad incitadora, con la exuberancia verbal y el gasto palabrero en que ofició Rubén. El clima modernista era en todo absorbente. Pero, acampando en sus fechas, fraternizado con él en las revistas, en el obligado periodismo, Reyes hace su propio tiempo, no se rinde a la gravosa influencia. Acaso, se pueda decir que la pasa por alto, pero es más exacto advertirse que la enfrenta y la vence. En el momento del exceso rubendariano, leyendo a Stevenson comenta esta advertencia: el estilo es economía; leyendo a los griegos no se decide a convocar para asamblea colonial sus voces y sus mitos, sino que se avisa que lo perdurable, lo valedero es la proporción. Sin anunciar batalla al modernismo —cartel dominador—, se la gana con esta divisa: economía y proporción. Economía y proporción hacen que las prosas reunidas en *Grata Compañía* y *Entre Libros* —prosas de ayer las más— se nos aparezcan perfectamente actuales. Economía y proporción ganan al tiempo; guiones de lo clásico.

La economía no supone un complejo laboreo en el ajuste de

las palabras. El ajuste se ha llevado a cabo antes que las palabras aparezcan. El laboreo ha de ser cosa íntima, en zonas de rigurosa maduración, en los planos —contradictorios, siempre— de la experiencia personal, personalísima, aun cuando el hecho (pensado, sentido, vivido) sea derivado social o se proyecte hacia el mundo colectivo. Las palabras serán lo de menos. Y menos palabras traslucirán, sin duda, mayor experiencia, más cierta maduración. Cuando se llegue a la necesidad de usarlas, ya el proceso habrá comenzado a finalizar. Llevarlo a ellas —servirse de ellas— no será sino estación última. Tomar la pluma es complemento auxiliar. No se trata de otra cosa que de usar indispensables signos comunicados. Y para ello ahí están las voces del pueblo. (¿Verdad, Juan de Mairena?) Las voces de que se servía Santa Teresa. Reyes pide (en *Entre Libros*) que la imaginemos llena de experiencia y de ocurrencias, que toma la pluma como cosa boba para escribir como en charla de castellana vieja, que ya se dijo. Primero, llenarse de experiencia y de ocurrencias; luego poner todo eso en conversación de pueblo. Es el método. Es la economía. La economía consiste en espontaneidad; en escribir como habla el hombre (¿Verdad, Miguel de Unamuno?), como el hombre siente, como el hombre vive, sin agregar de sí —por que sí— nada más. Esta economía consiste no en sacar, sino en no agregar.

La proporción confirma —o sanciona— la economía, recortando la experiencia personal —y su texto, sus palabras— sobre un fondo de experiencia común (de civilización), ante el cual las palabras adquieren una estimación universal. Cuando Alfonso Reyes nos dice (en *Entre Libros*) que Sor Juana Inés, la mejicana, “a la riqueza y buen estilo tradicionales de la prosa española, añade cierto rigor de palabras justas y hallazgos de expresión que, a la vez, poseen valor estético y científico”, ¿no nos indica esa relación inmediata entre economía y proporción? La proporción carga de nuevo sentido —trascendente— las palabras. Pero, acaso, la proporción no añade. Yo insisto: recorta.

A falta de experiencia —déficit colonial— la generación modernista puso palabras. Los que fueron ganando vida abandonaron el patrón palabrero. Por su parte, Alfonso Reyes —a quien su condición de americano de nuestra América colonial no le impuso filiación modernista, que fue americana y típicamente colonial— hace gasto de vida antes que gasto de palabras. Esto nos lo dice —faltándonos toda otra información, ni haciéndonos falta— su prosa, su prosa económica, su prosa proporcionada. Ello nos dice: este hombre no le deja escapar ningún sabor noble a la vida; buen catador de vinos; exacto gustador de los mediodías y las medianoches; lleno de experiencia y de ocurrencias, de vida y de libros. Así se da en él que, pleno de erudición, saque acaso, una tesis de una sensación y no de un dato. Que maneje los datos como rostros de las sensaciones. Que en estos textos breves con apariencia de noticia o rigor de ficha (en *Entre Libros*) sorprenda un párrafo cualquiera en que queda enunciado y resuelto un ensayo. Que en Juan Jacobo sale al campo —qué página envidiable— (en *Grata Compañía*) nos reconstruye de entre lecturas —vida entre libros— un joven Rousseau de enternecedora aventura sin desenlace. Que en el recuento de los cronistas considere que a Díaz del Castillo “acaso se le siente mejor el corazón” (en *Letras de la Nueva España*).

De esa manera, se gana Alfonso Reyes, el fondo —no extensión (extensivo era el modernismo)— de universalidad. Necesaria universalidad. Somos sus aprendices, sus demorados aprendices. “El apostólico Hostos, civilizador en las Antillas —escribe Reyes (en *Grata Compañía*)—, siente en el alma propia la dolorosa gestación del ser americano. —Hombres a medias, civilizaciones a medias—gritaba con ansiedad, sembrando escuelas” Hombres a medias, civilizaciones a medias. ¿Se puede mencionar con signos más precisos a nuestra América? Pero en ella se han tendido avanzadas. Una de ellas es Ruiz de Alarcón. Reyes se exalta (el modernismo no se exalta, se excita) en su recuerdo: “Es el primer

mexicano universal, el primero que sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas" (en *Letras de Nueva España*). Trasponer fronteras (como paso no meramente geográfico), romper aduanas (no sólo como acto de liberación política), llevarse el equipaje nativo por el mundo y volverlo luego a la patria con la experiencia del mundo. Itinerario así no totalizó, en verdad, el lejano Alarcón. Lo totalizó Alfonso Reyes, que ha conseguido ser el completo mexicano universal, avanzada de América, aprendiz de universalidad.

Estos *Entre Libros* y *Grata Compañía* son los boletines de la marcha, reunidos en un alto, algo así como un recuento para seguir marchando. (Me cosquillea el oído la voz de Martí: "Es hora del recuento y de la marcha"). *Letras de Nueva España* es ordenación y examen de fuentes nativas, de primeras experiencias que ayudan a partir.

Entiendo que hay anuncios antiguos que nos lo venían anunciando a Alfonso Reyes. Escribió uno de ellos, hacia fines del 1500, Juan de Cárdenas, en su *Problemas secretos y maravillosos de las Indias*, con estas palabras: "Cierto que los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio".

DARDO CUNEO

Sur. Buenos Aires Diciembre de 1948.



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

En 137 páginas presenta Alfonso Reyes los tres o cuatro siglos de literatura que comienza en México con la poesía indígena anterior a la llegada de los españoles, y terminan con la era crítica, o ese final del XVIII que sirve de antecedente ideológico a la guerra de emancipación. Esta es una obra que muchos han escrito antes, —libros de literatura colonial se producen todos los días—, pero escribirla como Alfonso Reyes lo hace es remozarla y henchirla de novedades.

Esos tres o cuatro siglos presentan como fenómenos visibles la conquista, la colonia, los comienzos de la ilustración. Pero son los siglos en que primero chocan dos civilizaciones que se ignoraban mutuamente, en que el mexicano y el español tienen lances a muerte, o coloquios íntimos, y acaban dejando que fluyan sus amores y sus odios, sus pasiones humanas y sus complicaciones espirituales por caminos subterráneos, hasta surgir el hombre mexicano, que por venir de donde viene es uno de los tipos humanos de personalidad más singular.

Dentro de estas circunstancias históricas, el libro de las letras de la Nueva España no es una simple historia de la literatura, sino que ha de atender a muchas resonancias que en todo el mundo logra oír. Hay mucha voz escondida que desentrañar entre ruido confuso de palabras altisonantes. Alfonso Reyes es el hombre indicado para semejantes finuras.

Reyes, de tiempo atrás, tiene leídos y anotados todos los libros importantes y muchos de los secundarios de la época. Pasó hace mucho la etapa informativa, y aun la crítica. Sabe ya lo que encierra cada volumen y lo que vale por su originalidad. Técnica-mente, *Letras de la Nueva España* es obra didáctica irreprochable: ahí están todos los datos, cifras, años, noticias sumarias, bibliografía. Pero hay algo mucho más excelente, ya de calidad, que alivia y

sacude esta hojarasca académica: es la gracia. A veces un humorismo burlón, a veces un inesperado punto de vista, y en cada línea un toque de ingenio. Reyes es ese autor de libros de caudalosa doctrina que pueden leerse con delicia, teniendo a cada instante el lector que cerrarlos para saborear las ocurrencias del apostillero juguetero.

Las épocas que abarca el volumen están iluminadas por nombres famosos: Hernán Cortés, Díaz del Castillo, Bernardo de Balbuena, Ruiz de Alarcón, sor Juana Inés de la Cruz... Y no menos que estos, ese gran autor de todos los tiempos, que para esta época es famoso: el autor Anónimo. A veces, el autor de la ironía que no escribe, o que se agazapa debajo de una frase.

Sobre todas las figuras literarias de esos siglos Alfonso Reyes o ha escrito ensayos particulares, o comentarios diluídos en muchos volúmenes. Ahora, condensada, busca la perspectiva de una valoración final.

Es interesante ver cómo discurre para atrapar lo que a otros menos expertos siempre se les va de las manos. Ejemplo, lo de la poesía indígena recogida Dios sabe cómo por los frailes de la conquista espiritual. "Seguramente que, —dice— sin exceptuar los poemas anteriores a la cristianización, la iglesia puso un poco la mano en el acto mismo de reducirlos a alfabeto: y consta, de algunos ordenamientos, que los castigaba y censuraba antes de tolerar su recitación pública. Pero suponer que todo lo hicieron los frailes, sería conceder que fueron unos grandes poetas. Como quiera, muestra esta poesía un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propia de los misioneros españoles: gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación".

Comienza su libro Reyes con esta frase: "La literatura española, bajo sus formas populares, las más prendidas al coloquio, las menos prendidas al alfabeto, entró a México por boca de los mismos conquistadores: proverbios y romances que Hernán Cortés y sus te-

nientes se cambiaban de caballo a caballo". Se anuncia así por el autor que irá observando a lo largo de todo el ensayo el juego entre lo popular y lo culto, en que muchas veces hará agudas observaciones.

Cuando ya México tiene su sociedad de latinos que sueltan donde pueden sus conocimientos de mitología, al pueblo llegan las fábulas de Grecia o de Roma. ¿Y pregunta el autor: "Se ha investigado alguna vez dónde viene la costumbre de poner nombres mitológicos grecolatinos a las pulquerías de México? *El triunfo de Baco, Las Cuevas de Birján, Helena de Troya, Al Bello Apolo, Las Tres Gracias, Las Nueve Musas, Las Sirenas, Los Amores de Venus, La Flecha de Cupido, Neptuno*, etc... ¿no indican aquella revoltura de humanismo y pueblo a lo largo del virreinato?"

Y cuando llega la formidable revolución del despotismo ilustrado, de los científicos del XVIII, que produjo en Humboldt tan visible admiración, anota Reyes: "El cuadro de la época, diáfano en la obra de los escritores, se completa al investigar lo que acontecía entre la gente media, los vecinos y hasta los "vendedores de pomadas", la opinión y el ánimo públicos, mudos testigos y sujetos de la transformación cultural. ¿Cómo averiguarlo? Poseemos un índice, un termómetro, en los papeles de la Inquisición, propia energía retardataria".

Las estampas de cada período, que Reyes hace para fijar el ambiente, son escritas al aguafuerte. Es estupenda la del virreinato de filigrana con el abejo literario, los versificadores que se agolpan a los torneos literarios, los oradores que riegan sobre las tumbas flores artificiales, los vates cortesanos que se extasían ante el monarca que cede su carroza al Santo Sacramento.

Para las personas no iniciadas en la literatura mexicana, este librito constituye una guía segura y comprensiva. Para quienes

conozcan la materia, es de recreación e iluminación. *Letras de la Nueva España* es, como tanto otro de Alfonso Reyes, ensayo ejemplar.

Germán ARCINIEGAS

Occidental.

Bogotá, 1948.

(PRÓLOGO A UN LIBRO DE RELATOS)

A lo largo de una vida ya entrada en el otoño, el prologuista ha leído millares de libros. De la índole de éste, no recuerda muchos que se le aproximen en amenidad e interés, en galanura de estilo y riqueza de ideas (*). Atraer la atención sobre esas cualidades, lector amigo, es el objeto del prólogo. Más antes de hablar del libro hay que hablar del autor y del medio en que se formó.

Al comenzar el segundo lustro del presente siglo, las doctrinas positivistas normaban la enseñanza en México. Algunos estudiantes percibieron la estrechez y anquilosamiento del sistema, y el deseo de modificar aquel estado de cosas los orientó en sentido opuesto, hacia el humanismo. Se reunían para leer a los trágicos y filósofos griegos. La revista *Savia Moderna*, editada a principios de 1906, atrajo durante su corta vida a los más de ellos. El grupo se dió a conocer, en 1907, con una manifestación en defensa de los *fueros del arte*. Para acercarse al público estableció la Sociedad de Conferencias, mudada en Ateneo de la Juventud a fines de Octubre de 1909. En 1910, al conmemorarse el centenario de la proclamación de la Independencia, el Ateneo organizó seis sonadas conferencias sobre pensadores y literatos hispanoamericanos. Después cambió de nombre: Ateneo de México. En Diciembre de 1912 los ateneístas fundaron la Universidad Popular, la cual llevaba a los obreros nociones de ciencias y artes, un embrión de cultura. Finalmente, el gran movimiento de renovación política y social que sacudió al país durante la segunda década del siglo dispersó al grupo. Pero ya éste había dejado su huella en la historia literaria de México, donde se le conoce como "la generación del Ateneo de la Juventud" o "del Centenario".

(*) *Verdad y Mentira*, Madrid, Aguilar, 1950.